

Saramago, Premio Nobel de Literatura 1998

¿Y ahora, José?

José Luis Herrera Arciniega



El 16 de noviembre de 1998 José Saramago hubo de cumplir sus primeros 76 años de vida.¹ Por ende, su signo zodiacal es escorpión, circunstancia que comparte con la reina Sofía de España; el futbolista Diego Armando Maradona; el príncipe Carlos de Inglaterra; Julio Anguita, dirigente de Izquierda Unida en España; con Baltasar Garzón —el juez que pretende juzgar a Augusto Pinochet por crímenes contra la humanidad—; los actores Alain Delon y Winona Ryder; el director de cine Martin Scorsese; el ex secretario general de la ONU Butros Gali. Y con Mahoma.

Si ampliamos la relación al campo de las artes, podemos citar a Augusto Rodin y a Pablo Picasso. En cuanto a escritores, estarían Voltaire, Fedor Dostoyevski, Edgar Allan Poe, André Malraux, Paul Valéry, Carlos Fuentes, Josefina Vicens y Kurt Vonnegut.

José Saramago puede entrar ya al juego de las personalidades. Después de todo, le fue adjudicado el Premio Nobel de Literatura 1998, es decir, el máximo reconocimiento que puede haber para escritor alguno en el orbe. Se entiende, es un autor de trayectoria, de gran calidad creativa y artística, un pensador.

Hace algunos meses, en ese nuevo juego de navegar por Internet, quien pretendiera indagar alguna referencia de Saramago, perdía el tiempo. Saramago no existía, prácticamente, en la gran carretera de la información, y fue sólo después

de que anunciaron lo del Nobel cuando tuvo presencia, más o menos cuantiosa, en las pantallas del *Yahoo!* y artilugios similares. Acabó por integrarse al esquema de la globalización; ahora ofrece videoconferencias por Internet.

Ya llevaba camino andado, como uno de los autores más promovidos por esa maquinaria editorial que es Alfaguara. Si hace tiempo era difícil conseguir algún libro de Saramago, dicha empresa empezó a “inundar” el mercado con uno tras otro de los volúmenes en los que se sustenta la bien ganada fama de este escritor portugués como uno de los clásicos de este siglo. Ejemplo de este rezago es que, al darse a conocer el premio, Alfaguara difundió un anuncio en el que informaba de la próxima publicación de *El Evangelio según Jesucristo*, aún no incluido en su biblioteca Saramago.

A diferencia de otros autores que en los últimos años han ganado el Nobel de Literatura, Saramago sí es conocido por un mayor número de lectores a comparación de otros autores galardonados en años anteriores, de modo que no llegó a extenderse el lugar común de que su selección era el discutible producto del capricho o del frío análisis hecho por el cerrado grupo de académicos suecos que tienen a su cargo dilucidar quién debe recibir ese premio.

José Luis Herrera Arciniega. Premio Estatal de Literatura del Centro Toluqueño de Escritores (CTE) 1998 en el género de narrativa con la novela *Mil caballos de vapor*. Ha sido becario del CTE en 1983, 1986 y 1990. Colaborador de la columna con textos de creación y crítica literaria, es autor de siete volúmenes de cuento, ensayo y crónica.

Previo al Nobel, su condición de escritor había rebasado el campo de la literatura y lo había instalado en la posición de interlocutor de los medios y testigo y comentarista de hechos políticos, verbigracia la serie de entrevistas que en un breve tiempo le fueron hechas específicamente en México –apareció no sólo con Silvia Lemus en el Canal 22, sino también con Cristina Pacheco en el Canal 11 y con Ricardo Rocha en Televisa–, y su visita a la zona de conflicto en Chiapas. Con las cámaras de televisión siguiendo sus recorridos por lugares con presencia del EZLN, daba la impresión de que este viejo comunista portugués se había ubicado, de manera repentina, del lado de lo *políticamente correcto*, sin soslayar otros efectos: decir personalmente a Saramago que su personaje José en *Todos los nombres* –la novela que vino a promover a México– era fantástico, vestía con un manto de erudición y actualidad, al tiempo que confería un tono cosmopolita a quien externaba tal opinión.

El *show* estaba en marcha, y el Nobel fue la gran cereza que vino a coronar –y de qué modo– el pastel. Pero, más allá de aparatos publicitarios, lo valioso es la extensa obra de José Saramago, y la congruencia de que ha hecho gala para, mientras disfruta la alegría por recibir este premio, *no creérsela*, no confundirse con el espejo de las vanidades que él ha estado quebrando a lo largo de miles de páginas.

La moda Saramago

Palabras de José Saramago: “la moda no es más que la difusión promovida de un uso limitado”. Lo sabe él, hemos de saberlo los lectores en este momento en que el Nobel refuerza esa “moda Saramago” que no necesariamente ha sido invitación lograda para conocer sus libros. Empero –y esto es lo que buscamos subrayar–, ahí están sus volúmenes, la síntesis que expone sobre el fenómeno humano, sobre sus mitos y su pequeñez. El verdadero carácter de Saramago como interlocutor –no de los amos de los medios, sino con los individuos– se localiza en su obra.

Esto se pone de relieve si consideramos que su biografía no ha ocupado demasiados espacios en la serie de artículos, reseñas, reportajes y entrevistas que surgieron antes y después de lo del Nobel. Lo predominante fue la referen-

cia a los libros, el reconocimiento al valor de su obra, no a las circunstancias que ha tenido su vida. Se ha mencionado –varias veces él mismo lo ha señalado– que fue un escritor relativamente tardío. Si bien su primera novela, *Tierra de pecado*, data de 1947, volvió a publicar hasta 1966, con el volumen *Os poemas possíveis*.

Hay más elementos para armar una historia literaria que una personal. No deja de ser interesante averiguar datos básicos de Saramago, como que nació en la aldea de Azinhaga, el 16 de noviembre de 1922 (o como se apuntaba, habría un registro oficial que remite al 18 de noviembre de ese año). Sus padres emigraron a Lisboa cuando él tenía tres años de edad y, a partir de entonces, la capital portuguesa fue su ámbito natural de vida y trabajo, aunque con el tiempo regresaría en prolongadas estancias a su aldea natal. Saramago hizo sus *estudos secundários* (liceal e técnico), mas no los pudo continuar por dificultades económicas.

En una breve biografía de Saramago² se señala que fue primero *serralheiro mecânico*, y después ejerció diversos oficios: *desenhador, funcionário da saúde e da previdência social, editor, tradutor, jornalista*. Trabajó doce años en una editorial, donde ejerció funciones de dirección literaria y de producción. Fue crítico literario en la revista “*Seara Nova*”.

En el periodo 1972-1973 fungió como miembro de la redacción del *Diário de Lisboa*, donde fue comentarista político y, durante algunos meses, coordinador del suplemento cultural de ese vespertino. Perteneció a la primera directiva de la Asociación Portuguesa de Escritores y, de 1985 a 1994 –un largo lapso, destacamos– fue presidente de la Asamblea General de la Sociedad Portuguesa de Autores. Entre abril y noviembre de 1975 fue director adjunto del *Diário de Notícias*. Un dato singular es que a partir de 1976, José Saramago ha vivido exclusivamente de su trabajo literario, primero como traductor, después como autor.

Su obra la conforman más de 25 libros de poesía, crónica, diario, viajes, teatro, cuento y novela,³ muchos de ellos publicados en España (en español y en catalán), Francia, Italia, el Reino Unido, Holanda, Alemania (en su momento tanto en la extinta República Democrática como en la Federal), Grecia, Brasil, Bulgaria, Polonia, Cuba, Unión Soviética (ahora en Rusia), Checoslovaquia (en checo y en eslovaco),

Dinamarca, Israel, Noruega, Rumania, Suecia, Finlandia, Estados Unidos, Japón, Hungría, Suiza, Argentina, Colombia y México.

Aparentemente, lo menos conocido de la obra de José Saramago serían su poesía y su teatro. En cambio, se conoce un poco más su trabajo en crónica y cuento, y lo más leído, sin duda, son sus diarios (los ya famosos *Cuadernos de Lanzarote*) y las novelas.



Quepa aquí una reflexión: es difícil convertirse en un experto en Saramago, tanto por la extensión de su obra como por la dificultad de ir reuniendo la diversidad de volúmenes que la conforman. Hacerlo implica recursos y tiempo (de lectura, sobre todo). Ahora hay un *boom*, está la *moda Saramago*, pero hace poco menos de un año había dificultad para conseguir sus libros, quizá no los que habían entrado en el catálogo de Alfaguara, pero las ediciones que aparecieron en su momento en Seix Barral eran escasas en el mercado mexicano, y encontrarlas requería de una búsqueda más o menos acuciosa, aunque antes de lo del Nobel empezó a corregirse esta penuria bibliográfica y hubo mucho Saramago para leerse como debía de ser.

Están al alcance del lector, por caso, las novelas. Ya no sólo los especialistas o los que buscan estar al día en las novedades editoriales tuvieron acceso a *El año de la muerte de Ricardo Reis*, *El ensayo sobre la ceguera*, *Todos los nombres*, y, por añadidura, el diario progresivo que van constituyendo los *Cuadernos de Lanzarote*. En cuento, *Casi un objeto*. Hay que recuperar también *Alzado del suelo*, *Memorial del convento*, *Manual de Pintura y Caligrafía*, *Historia del Cerco de Lisboa*, y esa obra maestra que es *El Evangelio según Jesucristo* (para nuestro gusto, su trabajo máximo). Se comprende que el mercado editorial irá integrando la oferta completa de los libros de Saramago, lo cual será un reto para los lectores interesados en el contexto general de su escritura, pero servirá también para enriquecer las opciones de quienes, sin esa intención específica, pueden obtener el libro que más atraiga su atención dentro de una tan amplia propuesta literaria.

Sus crónicas

Hay un Saramago del que poco se conoce, aparentemente, ante la mayor difusión que se ha dado a su trabajo novelístico: el Saramago que hace crónica.

Dentro de su bibliografía se enumeran cuatro volúmenes de crónica: *De este modo y del otro* (1971), *El equipaje del viajero* (1973), *As opiniões que o DL teve* (1974) y *Os Apontamentos* (1976) —esta mera referencia remite a lo que mencionábamos en el apartado anterior, acerca de la dificultad de conseguir la obra entera de Saramago—. Llama la atención que se trata de libros publicados antes de 1976, es decir, en la etapa previa a que pudiera dedicarse exclusivamente a la actividad literaria. Muy posiblemente se trate de crónicas producto de su trabajo periodístico; el caso que podemos verificar es *El equipaje del viajero*, en edición conjunta de la UNAM a través de su Coordinación de Difusión Cultural y la Universidad de Guadalajara, en 1994.

El breve volumen lo componen 59 crónicas, que aparecieron por primera vez en el diario *A Capital* y en el semanario *Jornal do Fundão* entre 1971 y 1972, y ya reunidas en un volumen independiente, se publicaron en 1973. Es de notarse el tiempo que hubo de pasar para que el lector mexicano promedio tuviera acceso a *El equipaje del viajero* (más de dos décadas), pero eso forma parte del fenómeno Saramago e incluye también el reconocimiento al lento pero sostenido proceso que ha cimentado su escritura en la atención de los lectores en cualquier parte del mundo.

Asimismo, y aun cuando originalmente fueron trabajos periodísticos (lo cual implica una serie de condiciones de premura y obligación de entrega rápida ante los fatales ritmos del cierre de edición), y que en todos estos años han ocurrido en el universo transformaciones radicales y trascendentes, las crónicas de José Saramago en *El Equipaje del Viajero* siguen manteniendo su vigencia en cuanto reflejo sensible e inteligente de los tipos humanos que retrata, las situaciones que relata, las ideas que propone, en un estilo creativo ya decantado, maduro.

Para Gonzalo Martín Vivaldi la crónica es “un relato enjuiciado de los hechos que se narran”.⁴ Subraya, con Manuel Graña, el *elemento personal* como lo que distingue a la verdadera crónica, “... ya porque va firmada generalmente, ya porque el escritor comenta, amplía y ordena los hechos a su manera; ya porque, aunque la crónica sea informativa, suele poner en ella un lirismo sutil, una dialéctica y un tono característico que viene a ser el estilo de su esencia misma...”⁵

Martín Vivaldi da la siguiente definición de crónica periodística: “... es, en esencia, una información interpretativa y valorativa de hechos noticiosos, actuales o actualizados, donde se narra algo al propio tiempo que se juzga lo narrado”.⁶

Diferencia, asimismo, las actitudes de un reportero, que es informativa; de un cronista, que es interpretativa, y de un articulista, que, apoyado en un hecho, desarrolla una tesis política.

Estas consideraciones son útiles por cuanto señalan elementos que, en rigor, son contenidos en el trabajo de un cronista en cualquier parte del mundo. Si consideramos lo apuntado por Martín Vivaldi, cabe decir que las crónicas de Saramago muy bien pueden ser un “relato enjuiciado de los hechos que se narran”.

En su definición, Martín Vivaldi habla de hechos noticiosos, lo cual, en sentido estricto, no necesariamente se aplica a *El equipaje del viajero*, mas, por un lado, sí se trata de crónicas referidas a “hechos actuales o actualizados”; si se tratara de escritos meramente noticiosos, hubiesen corrido el riesgo de perder vigencia por relacionarse con situaciones coyunturales, o que requieren conocer con mayor amplitud un contexto sociopolítico específico, es decir el del Portugal de principios de los 70.

Sin embargo, a través del acto de la lectura nos instalamos en el Portugal de hace casi tres décadas; con estas crónicas no parece que hubieran pasado los más de 25 años que mediaron entre su primera publicación y la lectura de este momento.

Llegamos a otra reflexión: la crónica es, sin duda, el género periodístico más literario, en el que no tiene por qué operar la técnica de la pirámide invertida, ni lo más importante es la trascendencia del hecho informativo. Empero, la crónica no deja de ser un producto con identidad propia en las páginas de los diarios, si bien hay autores que sin

pasar por el diarismo, han integrado volúmenes hechos ex profeso como libros de crónicas.

Es de subrayarse otra tendencia: la mezcla de géneros. Habrá tal vez quienes pretendan ceñirse a las características identificadas en manuales y tratados, pero, en la práctica, viene haciéndose común cruzar los linderos entre los géneros periodísticos o literarios, sin estar buscando de manera forzosa expresiones vanguardistas o experimentales. Así, una crónica puede encerrar en sí misma un relato, un cuento, mas no por ello dejará de ser crónica. O bien, podrá entrar en el campo de la semblanza, o incluir segmentos de entrevista o de síntesis, típicos instrumentos de trabajo del que se dedica al reportaje.

Una conclusión a la que podríamos arribar es que depende de lo que se quiere decir para tomar la elección sobre cuál género se va a trabajar.

Decidir si se escribe una novela o un cuento, si se hace una poesía, si se crea una obra de teatro, si se emprende una crónica o se opta por el ensayo, tiene que ver con lo que se pretende expresar. Sí, es cuestión de técnica y de estilos, así como de entrenamiento, pero también de intenciones sobre lo que se piensa escribir. Las posibilidades de cada género –incluida la mezcla que se pueda hacer de ellos, con ellos– da al autor los elementos para determinar por qué vías habrá de expresarse.

Mucho de ello ocurre con la escritura de Saramago, pues en numerosas páginas de sus novelas con frecuencia predomina la reflexión sobre la acción. El capítulo primero del *Ensayo sobre la ceguera* es una narración con elementos de crónica, y este género se hace también presente en varios tramos de *El Evangelio según Jesucristo*, sin que éste deje de ser la espléndida novela que a tantos ha dejado maravillados –o escandalizados.

Autor consagrado

El fenómeno literario registrado con José Saramago pone en relieve su aparente condición de escritor tardío, aunque más bien hay que ver esto como un caso feliz de alguien que fue acumulando años de reflexión y un arduo trabajo de escritura que, en un momento dado, rindieron frutos de gran calidad.

En la “Bibliografía esencial” que publicó al darse a conocer el otorgamiento del Nobel 1998 a José Saramago, el diario español *El País* recuerda que este autor

[...] no consiguió la consagración definitiva hasta mediados de los ochenta, cuando ya contaba más de 60 años. Fue en la década de los ochenta cuando aparecieron *Memorial del Convento*, *El año de la muerte de Ricardo Reis* y, sobre todo, *La balsa de Piedra* [...] Estas tres novelas fueron publicadas en su día por Seix Barral y ahora lo son por Alfaguara, como toda la obra de Saramago. (sic)

Antes de esas fechas, el escritor portugués ya había publicado poesía, alguna novela y su viaje a Portugal [...] Asimismo, Saramago había logrado que se representaran varias de sus obras teatrales. A partir de los ochenta Saramago comienza a ser un escritor respetado en todo el mundo y sus novelas se traducen a varios idiomas.

Saramago inicia la década de los noventa con su *Evangelio según Jesucristo*, que provocó una polémica en Portugal tras ser prohibida por el entonces Gobierno de centro-derecha[...]⁷

Sobre este último episodio el propio Saramago ha explicado:

‘En 1992 tuve un conflicto con el Ministerio de Educación y Cultura de mi país: me censuró para que no entrara en una terna para el Premio Europa de Literatura porque mi libro (*El Evangelio según Jesucristo*) era un atentado contra los sentimientos religiosos de los portugueses’. El escritor consultó con su mujer, la española Pilar del Río, y decidió instalarse en Canarias[...]⁸

Es más que discutible ese calificativo de “escritor tardío”, pues si acaso lo que ocurrió fue que Saramago prefirió no publicar en un largo tiempo, pero cuando fue adecuado, se inició su carrera pública con esa impresionante serie de textos que con el tiempo llevaron a la Academia Sueca a reconocer que Saramago “con parábolas sostenidas por la imaginación, la compasión y la ironía, vuelve constantemente comprensible una realidad huidiza”.⁹

En una reciente entrevista que concedió a la periodista Sol Alameda, José Saramago afirmó:

–Yo he ido a la literatura por el mismo motivo, casi, que uno empieza a fumar: por imitación. Yo creo que uno empieza a escribir por eso. No por imitar a un escritor en particular[...] Era sólo escribir; si otros

han escrito, ¿por qué no voy a poder hacerlo yo? Pero no con la intención de empezar una vida de escritor. Porque la prueba de que yo no he sentido nunca el deseo de tener una vida de escritor es que, después de escribir una novela, *Tierra de pecado*, estuve 20 años sin escribir nada.

—¿Por qué?

—Supongo, aunque entonces no lo tenía claro, pero ahora puedo llegar a esa conclusión, que me di cuenta de que no tenía nada que decir. Uno siempre tiene algo que decir, es verdad, pero la cuestión es si piensas que vale la pena o no decirlo. Todo esto ocurrió hace 50 años y no es fácil ser rotundo, pero si vuelvo la mirada atrás esa puede ser la explicación. A veces me han dicho: tal vez esperé 20 años para adquirir experiencia. Es una tontería. Además, ¿quién te asegura que 20 años más tarde volverás a escribir?¹⁰

Luego de ese periodo de silencio, los libros de Saramago comenzaron a aparecer a un ritmo sostenido. No es obra de la casualidad ni puede deberse a situaciones de oportunidad mercadotécnica; existía, presumiblemente, una cantidad importante de borradores a la espera de la revisión que los condujera hacia el público lector. El viejo proceso que cumple sus etapas entre el cuaderno de apuntes, la máquina de escribir, o más recientemente, el ordenador.¹¹

El oficio de Saramago hace posible que una idea que le surgió el 20 de abril de 1993, un par de años después se ha convertido en un volumen de 373 páginas, como ocurrió con su *Ensayo sobre la ceguera*.

Literato versátil, Saramago ha puesto el énfasis en su trabajo novelístico, en el que se conjuntan más de una tercera parte de sus libros. Cabría pensar que si bien su interés era y es la novela, sus crónicas son una expresión innegable de su escritura y, también, de su trayectoria periodística antes de que pudiera dedicarse de tiempo completo a la actividad literaria.

Empero, no es el periodista, sino el literato, el que atrae al lector. Si acudimos a *El equipaje del viajero*, percibimos un tono de parábola, que en ocasiones lleva la fantasía de un cuento.

El mismo señala en algún momento: “Y ésa es la moraleja de la historia”,¹² y luego va más lejos:

Quiero decir que también estas crónicas son los decires de un “habla-solo”. Que esta ininterrumpida comunicación tiene algo de insensato, porque es una voz ciega lanzada hacia el espacio inmenso donde otras voces monologan, y todo es sofocado por un silencio espeso y suave que nos rodea y hace de cada uno de nosotros una isla de angustia.

Para él, sus crónicas no son “un lugar para torneos o justas literarias”. Tiene mucho que decir, y cuenta con recursos para hacerlo, así se dé tiempo en bromear cuando señala que “Esta crónica no llegaría lejos si no fuese por la providencia de los cronistas, que es (lo confieso aquí) la asociación de ideas”.

Se aprecia la importancia del periodismo en la conformación del estilo de José Saramago. Condensación, alejamiento de la superabundancia retórica, estilo ceñido, capacidad para decir brevemente, y sobre todo, claramente, lo que se quiere decir. Hay quien expresa esto indicando que, por un lado, el literato gusta de ser frondoso, mientras que el periodista tiene que hacer uso de las tijeras de la poda, y que si para el cronista el espacio es un camino que va a conducirlo a algún lado, para el literato ese mismo espacio sería una plataforma sobre la que puede expresarse.

Con todo y que el Saramago famoso es el novelista, sus crónicas son un ejemplo notable de su capacidad creativa. Además, en arte no hay categorías ni hay jerarquía de géneros, sino la calidad o su ausencia en cualquier obra. Es mejor una buena crónica que una novela con prosa adocenada, por caso.

Negar la insignificancia

En *El equipaje del viajero* se lee lo siguiente:

Entiendo que cada uno de nosotros es, antes que nada, producto de sus obras, de aquello que va haciendo durante el tiempo que permanece aquí. Saber de dónde venimos y quién nos engendró sólo nos da un poco de firmeza civil, concede nada más una especie de ahorro al que en nada contribuimos, pero que nos evita dar respuestas embarazosas y miradas más curiosas de lo que la buena educación debería permitir.

Escritura cálida, y en no pocas ocasiones ofrece una gran dosis de ternura. No juega a decir verdades absolutas ni a emitir sentencias condenatorias; en cambio, discurre con un tono en el que el objetivo fundamental es compartir ideas o plantear los caminos por los que éstas pueden ir. Las historias personales mostradas a través de sus crónicas, resultan ser rápidas acuarelas sobre situaciones cotidianas, en su expresión alejada de la grandilocuencia.

Se le ha calificado como hombre “de izquierdas”; en la conferencia de prensa que ofreció a poco de darse a conocer el Nobel, le preguntaron sobre su viaje a Chiapas, y él protestó por ese tipo de cuestionamientos, ya que, dijo, “Mis ideas políticas son conocidísimas y nunca las he ocultado”. Ese puede ser un trasfondo, pero Saramago escribe desde una posición esencialmente humanista. En “No sabía que fuera necesario”, expone el caso de un hombre maduro, humilde, que paulatinamente se va convirtiendo en un inválido, al no poder caminar a causa de unos terribles dolores en los pies. Los médicos no acertaban a encontrar el problema, hasta que uno pidió al hombre descalzarse: descubrieron que no podía caminar porque no se había cortado las uñas de los pies, y éstas habían crecido repugnantemente. Cuando preguntaron por qué no se cortaba las uñas, razón de su mal, el hombre respondió: “No sabía que fuera necesario”.

Ejemplos así, a más diversos, se encuentran en este pequeño volumen de Saramago, que en otra crónica pregunta: “¿Y ahora, José?”, interrogante que dice haberse hecho muchas veces, en “... aquellas horas en que el mundo oscureció, en que el desánimo se hizo muralla, pozo de víboras, en que las manos se quedaron vacías y atónitas.”

¿Y ahora, José? El mismo que recupera de ese paraíso que es la infancia, la vez que buscó llegar a la cima de un árbol altísimo. Décadas más tarde, el cronista no se acuerda si el muchacho que fue logró llegar a la punta de ese árbol, desde la que podía dominarse la aldea, más de veinte metros por encima de la superficie de la tierra. Y remata escribiendo que “Una niebla persistente oscurece ese recuerdo. Pero tal vez sea mejor así: no haber alcanzado el pináculo entonces, es una buena razón para seguir subiendo. Es como un deber que nace adentro porque el sol aún está muy alto”.

Este fabulador, este cronista, finalmente ha llegado al sitio más alto que pueda haber para alguien que escribe porque tiene algo que decir. Quizás ha frenado su actividad creativa, ante las inevitables obligaciones que van aparejadas al Nobel. Pero eso es circunstancial. “El Premio Nobel de Literatura me hace muy feliz y al mismo tiempo siento una gran responsabilidad por ser el primer escritor en lengua portuguesa que lo recibe”, afirmó Saramago en Frankfurt, donde le dieron la noticia de su designación.

Sabe –así lo postula– que la vida huye, y que hay tardes suaves que no serán iguales a las de mañana. Mientras tanto, llega al final de la crónica, cumple su deber. Ejerce su oficio: “Mi oficio es precisamente negar la insignificancia”. ○

- 1 Se dice que hay un registro del 18 de noviembre de 1922 como el día exacto de su nacimiento, lo cual no modifica la cuestión del signo zodiacal.
- 2 Los datos elementales de la biografía y obra de Saramago pueden consultarse en Internet en la siguiente dirección electrónica <http://www.editorial-caminho.pt/autores/a-jose-saramago.html>.
- 3 Las obras publicadas son: en poesía, *Os poemas postúveis*, 1966; *Provavelmente Alegria*, 1970; *O Ano de 1993*, 1975. En crónica, *Deste mundo e do Outro*, 1971; *El equipaje del viajero*, 1973; *As Opiniões que o DL teve*, 1974; *Os Apontamentos*, 1976; diario, cuatro tomos de *Cuadernos de Lanzarote*, que van de 1994 a 1996. Viaje, *Viaje a Portugal*, 1981; teatro, *A noite*, 1979; *Que farei com este livro?*, 1980; *A segunda vida de Francisco de Assis*, 1987; *In Nomine Dei*, 1993. Cuento, *Casi un objeto*, 1978; *Péctica dos cinco sentidos – o Ouvido*, 1979. Novela, *Tierra de pecado*, 1947; *Manuel de pintura y caligrafía*, 1977; *Alzado del suelo*, 1980; *Memorial del convento*, 1982; *El año de la muerte de Ricardo Reis*, 1984; *La balsa de piedra*, 1986; *La historia del cerco de Lisboa*, 1989; *El Evangelio según Jesucristo*, 1991; *Ensayo sobre la ceguera*, 1995; *Todos los nombres*, 1997.
- 4 Martín Vivaldi, Gonzalo, *Géneros periodísticos*, Prisma, México, 1993, p. 123.
- 5 *Op. cit.*, p. 127.
- 6 *Ibid.*, p. 128-129.
- 7 *El País*, 9 de octubre de 1998, p. 43.
- 8 *El País*, 9 de octubre de 1998, “Saramago logra el primer Nobel Portugués”, p. 42.
- 9 *El País*, 9 de octubre, p. 42.
- 10 *El País Semanal*, 29 de noviembre de 1998, entrevista de Sol Alameda a José Saramago, “Escribir es un trabajo. El escritor no es un ser extraordinario que está esperando a las hadas”, p. 18.
- 11 En el *Cuaderno de Lanzarote* correspondiente a 1993, Saramago escribió el 17 de junio: “En esto de los ordenadores, la regla de oro, acabo de aprenderlo, es no avanzar un paso sin tener la certidumbre de poder volver atrás. Por imprudencia mía, se me escapó el icono WRITE, impidiéndome el acceso a lo que escribí. Me impresiona saber que existe, no sé dónde, algo que me pertenece y a lo que no puedo llegar [...] Ni siquiera sé dónde está la puerta que allí me llevaría”. (Saramago, José, *Cuadernos de Lanzarote* (1993-1995). 2ª. ed., Alfabuara, Madrid, 1997, p. 78)
- 12 Las citas que a partir de ahora hacemos de Saramago, corresponden a *El equipaje del viajero*, UNAM, Coordinación de Difusión Cultural/Universidad de Guadalajara, serie Rayuela Internacional, México, 1994, p. 183.